

dia despreciarlo fácilmente y sin trabajo alguno), y los deleites de mi larga costumbre, que si se cohonestaran con el nombre del matrimonio, no tendría él razón de maravillarse de que yo me hallase imposibilitado á mirar aquella vida con desprecio; comenzaba ya él también á desear casarse, no vencido, ni por asomo, de aquel deleite, sino únicamente movido de la curiosidad. Porque decía que solamente deseaba saber qué delicias venían á ser las de aquel estado, sin las cuales mi vida, que él amaba tanto, no me parecía vida, sino tormento. Y es que su ánimo como estaba libre de aquella prision, se espantaba de la esclavitud del mío, y admirándose de ella caminaba por el deseo de experimentarla, hasta llegar á la experiencia misma, para caer acaso en la misma esclavitud que en mí admiraba, porque esto sería *contratar con la muerte*; pues *quien ama el peligro, caerá en él*.

Ni á él ni á mí nos movía mucho al estado conyugal lo que hace decoroso y recomendable el matrimonio, como es la buena dirección de una familia y la procreación de los hijos; sino que lo que á mí me llevaba

principalmente y con vehemencia, era la costumbre de saciar la insaciable concupiscencia que me tenía cautivo y me atormentaba; y al otro la admiración era lo que le traía á ser cautivo.

En este estado nos hallábamos, Señor, hasta que Vos, que siendo infinitamente excelso, no desamparáis á los que hicisteis del lodo, teniendo misericordia de nuestras miserias, nos socorristeis por unos medios y modos maravillosos y ocultos.

### CAPÍTULO XIII.

*Hácese diligencias de que se case Agustín.*

23. Me instaban fuertemente á que me casase. Ya había llegado á pedir á una jóven para mujer mía, y ya también me la habían prometido, procurándolo principalmente mi madre, para que después de casado recibiese el saludable Bautismo, al cual ella se alegraba de verme más dispuesto y proporcionado de día en día, considerando que sus deseos y vuestras promesas se cumplirían con abrazar yo la fe. No obstante, Vos, Señor,

no quisisteis darle á conocer en alguna vision, qué suceso tendria el matrimonio mio que se trataba, aunque ella con grandes voces de su corazon os lo suplicase todos los dias, ya por cumplir en esto su deseo, ya por haberla yo rogado que lo hiciese.

Bien veia ella en sueños algunas especies vanas y fantásticas, causadas en su imaginacion por la solicitud y cuidado que ocupaba á su espíritu sobre este punto, y me las referia, no con aquella seguridad y confianza que acostumbraba, cuando érais Vos quien le hablábais ó manifestábais alguna cosa; sino haciendo muy poco caso de ellas y despreciándolas. Porque decia que en cierto sabor y gusto que no podia explicar con palabras, conocia la diferencia que habia entre las revelaciones que eran vuestras, y las que eran solamente sueños de su fantasía. No obstante se trataba con instancia mi casamiento, y estaba pedida una mocita, cuya edad era casi dos años menos de lo que se requiere para el matrimonio, y porque aquella parecia á propósito esperábamos hasta que cumpliese la edad competente.

#### CAPÍTULO XIV.

*Determina Agustin instituir el método de vida comun, que él y sus amigos habian de observar.*

24. Muchos amigos, que en nuestras conversaciones abominábamos las inquietudes y molestias de la vida humana, habíamos premeditado y casi resuelto ya el vivir apartados del bullicio de las gentes en un ocio tranquilo; lo cual habíamos trazado de tal suerte, que todo lo que tuviésemos ó pudiésemos tener lo habíamos de juntar, y hacer de todos nuestros haberes una hacienda y masa comun á todos nosotros; de modo, que en fuerza de una sincera amistad no fuese una cosa de este y otra de aquel; sino que de todos nuestros bienes se hiciese un cúmulo, y todo él fuese de cada uno, y todas las cosas fuesen comunes á todos.

Parecíanos que nos podríamos juntar como hasta unos diez compañeros, habiendo entre nosotros algunos muy ricos, especialmente Romaniano <sup>1</sup>, que era mi compatriota, y des-

de nuestra niñez amigo mio muy familiar, el cual por entonces habia venido de África á nuestra compañía, traído de negocios graves que se le habian ofrecido. Este era el que mas instaba para que se pudiese en ejecucion el plan de nuestra vida comun, y tenia su voto mucha autoridad para persuadirlo, por ser su riqueza mucho mayor que la de los demás. Habíamos convenido en que todos los años se habian de nombrar dos de nosotros, que como los anuales magistrados cuidasen de todas las cosas temporalés que nos fuesen necesarias, y los demás gozasen de una vida sosegada y quieta. Pero luego que comenzamos á pensar si este proyecto podia subsistir, debiendo de haber mujeres en nuestra compañía (pues algunos de nosotros ya las tenian, y otros queríamos tenerlas), todo aquel proyecto que diariamente ibamos perfeccionando, se nos deshizo entre las manos, se desbarató y se dejó enteramente.

De aquí volvimos á nuestros suspiros y gemidos acostumbrados, y á seguir los anchurosos y frecuentados caminos del siglo, porque nuestro corazon estaba combatido de muchos y diversos pensamientos; pero vues-

*tros juicios y decretos permanecen eternamente:* en fuerza de los cuales decretos burlábais, Señor, nuestras disposiciones, y haciais que se fuesen cumpliendo las vuestras, para darnos el alimento en el tiempo mas propio y oportuno, y extender vuestra liberal mano para *llenar vuestras almas de gracias y bendiciones.*

NOTA.

<sup>1</sup> Romaniano, paisano, amigo y bienhechor suyo, como se dijo en el cap. XI del lib. III, es á quien dedicó los tres libros que escribió contra los Académicos, y el de *Vera Religione*. Hace mención Agustín de las excelentes prendas que tenia Romaniano al principio del lib. I y II contra los Académicos. No obstante, sabemos que habia un hombre poderoso y rico cuyo nombre no se sabe, que perseguia á Romaniano, y no le dejaba gozar de toda la tranquilidad que pudiera prometerse por sus circunstancias.

CAPÍTULO XV.

*Toma Agustín otra amiga, en lugar de la primera que se volvió al Africa.*

25. Entre tanto se iban multiplicando mis pecados, y siendo violentamente arrancada de mi lado como estorbo para mi casamiento aquella mujer con quien yo estaba acostumbrado á tratar, y en quien tenia puesto mi corazón; me quedó este tan lastimado y herido, que la llaga todavía estaba fluyendo sangre.

Ella, después de hacer á Vos el voto de no conocer otro varón en toda su vida, se había vuelto al África, dejando en mi compañía un hijo natural que tuve de la misma. Pero yo infeliz, que aun no tuve valor para imitar el de una mujer, pareciéndome mucha dilación la de dos años que habían de pasar antes de recibir la que había pretendido para mi mujer legítima, por no aguardar tanto tiempo, y porque no era tan amante del matrimonio como esclavo del deleite lascivo, tomé amistad con otra para que la continua-

ción de mi mala costumbre conservase la enfermedad de mi alma, y me la hiciese llevar entera ó mas agravada, cuando llegase al estado matrimonial. Ni por eso se me curó la llaga que se había hecho en mi corazón con el apartamiento de la primera amiga; antes bien, además de haberme causado agudísimos dolores con el ardor primero, después empodreciéndose la llaga, cuanto mas fría estaba, tanto dolía mas insufrible y desesperadamente.

CAPÍTULO XVI.

*Como nunca llegó á perder el miedo de la muerte y del juicio.*

26. Alabado y glorificado seais, Dios mio, fuente inagotable de misericordia. Yo cada dia me iba haciendo mas miserable, y Vos cada dia os íbais acercando mas á mí. Ya vuestra mano diestra y poderosa me iba á asir para sacarme del cieno y lavar todas las manchas, y yo no lo conocía.

Ninguna cosa me estimulaba mas para salir del abismo profundo de los deleites carna-

les en que estaba atollado que el miedo de la muerte y de vuestro juicio final, miedo que nunca se apartó de mi alma, no obstante la multitud de opiniones que seguí en otras materias. Decia, hablando con mis amigos Alipio y Nebridio acerca del fin que habian de tener los buenos y los malos, que por mi voto se hubiera llevado la palma Epicuro, entre los demás filósofos, si no fuera porque yo creia ciertamente que despues de la muerte le quedaba otra vida á nuestra alma, y el premio ó castigo correspondiente á sus obras, lo cual nunca quiso creer Epicuro. «Dado «caso que nunca hubiésemos de morir, les «proponia yo, y que continuamente estuviésemos gozando de deleites corporales, sin «temor alguno de perderlos nunca; ¿qué «nos faltaria para ser bienaventurados, ó «qué otra cosa habria que apetecer?» Y es que no conocia que este mismo modo de pensar era parte de mi gran miseria; pues por estar yo tan anegado y ciego, no se levantaban mis pensamientos hasta la luz de aquella purísima y soberana hermosura, que por sí misma merece ser amada, la cual no se ve con los ojos corporales, sino solamente con

los ojos del alma. Ni siquiera consideraba, miserable de mí, el principio y fuente de donde dimanaba el placer y gusto con que yo trataba con mis amigos estas mismas cosas, aunque torpes y feas; ni tampoco sin ellos pudiera ser bienaventurado, segun el modo de pensar que yo tenia entonces, por mas que gozase de la mayor abundancia de deleites corporales. Á estos amigos los amaba sin interés alguno; y conocia que ellos me correspondian, amándome tambien del mismo modo.

¡ Oh torcidos caminos de los hombres!  
¡ Desdichada el alma que se atrevió á esperar que habia de hallar mejoría alejándose de Vos! Por mas vueltas que dé atrás y adelante, á los lados, hácia todas partes, cuanto halle será tormentos; y solo en Vos encontrará su descanso. Vos, Señor, estais siempre presente y prevenido para libraros de todos nuestros lamentables extravíos, y nos poneis en el camino vuestro, y nos consolais y animais, diciéndonos: Ea, corred por este camino, que yo os iré sosteniendo, yo os conduciré hasta el fin, y os colocaré en donde deseais.

NOTA.

<sup>1</sup> Aquí se ve claramente, que san Agustin era del número de toda aquella multitud de autores antiguos, que dijeron y creyeron que Epicuro habia colocado la suma felicidad en los deleites de los sentidos; no obstante que algunos han querido disculparle, diciendo que colocaba la felicidad en el deleite del alma, que no estuviese acompañado de dolor ni pena alguna. Pero san Agustin y todos los antiguos dijeron lo contrario; y aun el poeta llama á un voluptuoso: *Epicuri de grege porcum.*

FIN DEL TOMO PRIMERO.

NOTA. La aprobacion se hallará en el segundo tomo.

---

## ÍNDICE

### DEL TOMO PRIMERO.

---

#### LIBRO I.

Prólogo.	Pág.	5
CAPÍTULO PRIMERO. Reconociendo Agustin la grandeza y majestad de Dios, se enciende en deseos de alabarle.		19
CAP. II. Que Dios está en el hombre, y el hombre en Dios.		23
CAP. III. Como Dios está todo en todas partes.		25
CAP. IV. Que la majestad y perfecciones de Dios son inexplicables.		26
CAP. V. Pide Agustin á Dios perdon de sus pecados.		29
CAP. VI. Describe Agustin su infancia, y alaba la eternidad y providencia divina.		34
CAP. VII. Que aun la primera edad de la infancia no está libre de pecados.		37
CAP. VIII. Del modo con que aprendió á hablar cuando llegó á la niñez.		42
CAP. IX. Del aborrecimiento que los muchachos tienen al estudio, amor al juego y temor al castigo.		45